



Semiótica del bosque pensante

Kohn, Eduardo. *Cómo piensan los bosques: hacia una antropología más allá de lo humano*. Traducción de Mónica Cuéllar Gempeler y Belén Agustina Sánchez. 2021. Abya Yala. Quito. 347 páginas. ISBN: 978-9942-09-727-9.

Pensar, al menos aquí, nada tiene que ver con la conciencia o la reflexión. Adentrarse en el libro de Kohn requiere de un alejamiento de toda concepción subjetivista o psicologicista del pensamiento. Este no se da hacia el interior, sino que resulta propiamente de la condición de exterioridad de todo cuerpo viviente; no es algo de uno propio, sino que es semióticamente compositivo y/o relacional. El pensamiento se da en la articulación de los flujos semióticos que configuran la vida propiamente dicha. Esta reseña está dedicada a desentrañar esta idea y la antropología dedicada a ella.

Comenzaré por establecer que el *pensamiento*, para Kohn, remite necesariamente a *lo vivo*. Vida y pensamiento son en cierto modo equivalentes; “las vidas son pensamientos” (Kohn 2021: 138). Nos encontramos muy cerca de Gregory Bateson, quien, a la hora de hablar de su concepción de la *mente* o *espíritu* (*mind*) –que resuena de forma constante en el concepto de Kohn–, insistiría en la diferenciación jungiana entre el *pleroma* y la *creatura*; lo pleromático remite a lo puramente físico e indiferenciado, la *entropía*, mientras que la *creatura* es algo propio de los procesos vivientes y diferenciadores, lo que se traduce en *información* o *neguentropía*. Para Bateson, la discriminación, es decir, la institución de la *diferencia* por parte de la *creatura* o lo viviente, es lo que desencadena los procesos de interacción que articulan el sistema mental propiamente dicho. Una mente o espíritu, así, “no contiene cosas; [...] sólo contiene ideas (o sea, noticias sobre la diferencia), información en cuotas acerca de las cosas” (Bateson 2011: 146).

Parece evidente, entonces, que una piedra, por sí misma, no piensa. Esto no significa que esta no pueda ser agenciada en un proceso pensante o mental, si bien un ser vivo puede fácilmente hacer de ella un signo, una diferencia advertida. No obstante, en tanto que cuerpo incapaz de discriminar entre sus afectos, una piedra no configura lo que Kohn llama un *self*, un *para-sí* o *sí-mismo*. Esta condición es propia de los vivos; es, de hecho, lo que los define.

Tomemos el clásico ejemplo de la garrapata de Uexküll, utilizado por el propio Kohn. La garrapata, dice Uexküll, actúa bajo la mediación de tres aspectos perceptivos sobre los que es capaz de reconocer (distinguir) un mamífero al que chupar la sangre: (1) el olor del ácido butírico, (2) el calor y (3) la detección de la piel entre los pelos del animal. La garrapata se alimenta de mamíferos, así que cualquier cuerpo consecuente con las características necesarias para ser discriminado por sus tres sentidos es identificado o comprendido por ella como un huésped del cual puede alimentarse, un signo, ni más ni menos, que corresponde con lo que la taxonomía biológica

categoriza como mamífero. Kohn va algo más allá al darle la vuelta al esquema. Y es que, mientras se trate de un mamífero, a la garrapata le da igual encontrarse frente a un perro, un puma o un venado. La garrapata los confunde, pero no lo confunde todo; una serpiente no es para ella equivalente a un perro. Esto es crucial, si bien es en los límites de lo que la garrapata considera indiferenciado y confuso donde se origina el pensamiento y la vida. Desde el punto de vista de sus perceptos y sin necesidad de ser consciente de ello, el parásito establece una relación icónica (de similitud) entre perros, pumas y venados, introduciéndolos en el mismo saco signico. La “confusión icónica es productiva”, sentencia Kohn (2021: 117); al fin y al cabo, no diferenciar entre muchas cosas supone diferenciar algo (aunque sea de otro orden), y es en función de ese juego de indistinciones (o, podríamos llegar a decir, abstracciones) que la garrapata interviene activamente en el mundo. Dicho en clave spinozista, es gracias a su capacidad de discriminar lo que le conviene que la garrapata configura sus afectos alegres. La garrapata, en cuanto *sí-mismo*, está involucrada semióticamente en su entorno.

Pero que la garrapata actúe en función de un “proceso representacional” mundano como este no quiere decir, obviamente, que ella produzca símbolos, es decir, instancias signicas autónomas con respecto a la realidad inmanente en la que se desarrolla su vida. Para Kohn lo simbólico sigue configurando una competencia exclusivamente humana. La garrapata, en ese sentido, no *sabe* (como un humano) lo que es un mamífero —no dispone de una categoría—, pero en su aquí y ahora es capaz de reconocer dónde hay uno. Esto implica que nos encontramos frente a una concepción de lo semiótico mucho más abierta que aquella de la que deriva el estructuralismo; Kohn habla de esa manera de una “semiótica de la vida”, o, dicho de otro modo, de una semiótica que es en sí misma la vida.

El padre de esta ciencia es Charles Sanders Peirce, a quien Kohn sigue a pies juntillas. Para Peirce un *signo* hace presente algo para alguien, es decir, *re-presenta*. Cualquier objeto atencional, entonces, es un signo, independientemente de que quien lo perciba como tal sea humano o no humano. “Cualquier cosa que nos sobresalta es una indicación, en la medida en que marca el cruce entre dos porciones de la experiencia. Así, un trueno tremendo indica que algo considerable sucedió, aunque no sepamos qué fue exactamente” (Peirce 2012: 58). El estruendo de la palmera derrumbándose (una diferencia notable en el contexto sonoro del bosque) es atendida por la mona como un *indicador* o *índice* (un signo) de otra cosa —peligro—, lo que la empuja a saltar hacia otro árbol:

El derrumbe atronador que ella escuchó le haría pensar icónicamente en experiencias pasadas de derrumbes similares. Estas experiencias anteriores de sonidos de derrumbes comparten entre sí similitudes adicionales, tales como su co-ocurrencia con algo peligroso, por ejemplo una rama quebrándose o un depredador acercándose. La mona además conectaría icónicamente estos peligros pasados entre sí. [...] Pero ahora esta asociación es también algo más que una semejanza. Incita a la mona a ‘adivinar’ que el derrumbe debe estar conectado con algo más que sí mismo, algo diferente. Así como una veleta, en cuanto índice, se interpreta como señalando algo distinto a sí misma —específicamente, la dirección en la que el viento sopla—, este sonido fuerte es interpretado como señalando algo más que solo un ruido; señala algo peligroso (Kohn 2021: 73).

La mona actúa acompañada de este tipo de inferencias o *abducciones*, con lo que su saltar hacia otro árbol constituye el efecto de la interpretación del estruendo en cuanto objeto atencional o signo. A este efecto, que configura un nuevo signo, Kohn (siguiendo a Peirce) lo llama *interpretante*; un signo que deriva de otro signo. Y entonces, la garrapata, tras esperar durante meses en lo alto de una rama y aparentemente indiferente a todo lo que sucedía en el bosque, atiende fugazmente al salto de la mona y se deja caer sobre ella en el momento preciso, produciendo un nuevo interpretante. Inferencia tras inferencia, interpretante tras interpretante, la multiplicidad de signos que los diferentes sí-mismos producen se encadenan y enmarañan entre sí configurando un tejido semiótico abierto, continuo e ilimitado, que acompaña y se confunde con la propia vida. Se trata del pensamiento del bosque.

Visto así, un bosque, al igual que todo contexto en el que esté presente cualquier forma de vida, alberga diferentes “*loci* emergentes de significaciones-intenciones que no necesariamente giran alrededor o se originan a partir de los humanos” (Kohn 2021: 98). Esta constatación adquiere una complejidad especial cuando Kohn se apoya en Terrence Deacon (también influenciado por Peirce) y su perspectiva de la evolución para tratar de comprender las constantes y/o regularidades que presenta la realidad: algo que Kohn llama *forma*.

En esta ocasión el protagonista es el oso hormiguero gigante. Según Kohn, un oso hormiguero, “en cuanto sí-mismo, es una forma que ‘recuerda’ selectivamente su propia forma” (Kohn 2021: 103). Cada generación de este animal constituye una “representación icónica” de la anterior, hasta sus ancestros más lejanos:

Pero, al mismo tiempo que tal oso hormiguero es una semejanza de su antepasado [...], también se diferencia de él. Pues este oso hormiguero, con su hocico y su lengua, puede potencialmente ser una representación relativamente más detallada del mundo a su alrededor, si es que su hocico (en este caso), en comparación con aquel de su ancestro, encaja mejor en los túneles de hormigas. En resumen, la manera en que este oso hormiguero recuerda o re-presenta a las generaciones que vinieron antes de él es “selectiva”. [...] La forma que toma un oso hormiguero individual viene a representar, para una futura manifestación de sí mismo, el entorno al que su linaje llegó a adaptarse a lo largo del tiempo evolutivo (Kohn 2021: 104).

La emergencia de la forma del hocico, entonces, es un *hábito*; una “expectativa de regularidad” vinculada con la interacción con un medio: “es el producto de cómo los sí-mismos vivientes representan el mundo alrededor de ellos” (Kohn 2021: 107). Pero la *forma*, cabe decir, configura un principio aún más general del que se nutre incluso lo no vivo. Es más, es a partir de este concepto que Kohn trata de prestar atención a los fenómenos generales –los universales–, aquello que, sin ser tangible, de algún modo constriñe los posibles. Se trata de la emergencia morfodinámica de patrones que comunican, como, por ejemplo, en el caso del río cuyo flujo se organiza en forma de remolino. Para Kohn esta no es una cuestión de particularismo o de circunstancialidad histórica, si bien “bajo las condiciones adecuadas, una forma circular emergerá, independientemente de las historias particulares de los lugares de donde vino el agua que corre por los ríos” (Kohn 2021: 231). El remolino –la forma– es algo distinto a la porción de agua que lo constituye; “los remolinos desaparecen cuando las condiciones en el lecho del río cambian, pero los lechos del río no dependen de los remolinos para persistir” (Kohn 2021: 232). Esta propiedad *transductiva*

–*sensu* Simondon (2015)– o *emergente* –según la terminología de Kohn–, es lo que la hace posible: “la forma, entonces, no se impone desde arriba; es simplemente lo que queda [*it falls out*]” (Kohn 2021: 245). La forma, en definitiva, se observa en los patrones de amplificación bajo los cuales se desenvuelve, eficazmente y sin esfuerzo, el pensamiento del bosque.

Pues bien, de la atención al bello entramado conceptual que aquí he procurado describir surge la posibilidad, según Kohn, de una *antropología más allá de lo humano*. Esta antropología se basa en “el poder revelador de las imágenes” (Kohn 2021: 94), es decir, de los encuentros semióticos que alberga el bosque, y mediante los cuales se pretende “relacionar particularidades etnográficas con algo más amplio” (*ibidem*). Dado el tono profundamente teórico y especulativo que su libro toma con regularidad, Kohn procura insistir en que el suyo es un “enfoque antropológico y no, digamos, un enfoque ecológico que agnósticamente traza relaciones multiespecies” (Kohn 2021: 312). Pero, conviene hacer un aviso. Y es que, aunque el libro se presenta como un ejercicio de “descolonización del pensamiento” basado en un emprendimiento etnográfico entre los Ávila runa y su entorno amazónico, ¿acaso no he podido sintetizar la teoría antropológica de Kohn sin necesidad de mencionarlos ni una sola vez? En fin, si, como dice Strathern, resulta necesario tener en cuenta desde qué conceptos pensamos nuestros conceptos, queda en manos del lector evaluar hasta qué punto el concepto de pensamiento que Kohn presenta es efectivamente el resultado de un “pensar con el bosque” o de un pensar algo más convencional.

Referencias

- Bateson, Gregory. 2011. *Espíritu y naturaleza*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Peirce, Charles S. 2012. *Obra filosófica reunida. Tomo II*. Nathan Houser y Christian J.W. Kloesel, eds. México: Fondo de Cultura Económica.
- Simondon, Gilbert. 2015. *La individuación a la luz de las nociones de forma y de información*. Buenos Aires: Cactus.

Ion Fernández de las Heras
ionfdlheras@gmail.com